





# LA BOMBA DE PLÁSTICO

**P**ACO Rabanne, 32 años, bigotudo, vasco, «accesorista» de la costura, viste de plástico a las mujeres. De la cabeza a los pies. Ha presentado su primera colección hace muy poco, en el hotel George V, de París. Una docena de trajes de noche en láminas de «rodhoid». Ligeros y móviles. Ruidosos a la mínima respiración. Y, con ellos, piezas de bisutería espectaculares: cubos, espirales, discos. Para las orejas, los brazos, los pies descalzos del verano. Y también cinturones, gafas articuladas, gorras en acordeón, bolsos.

Desde la «bomba» de André Courrèges no había ocurrido nada en el mundo de la costura. Paco Rabanne acaba de lanzar la suya, de plástico. La gente ha aplaudido y ha aullado. Sobre todo ha reído, y Paco Rabanne el primero. «¿Una mujer vestida así por la calle? ¡Es grotesco! En todo caso, por la noche, si tiene ganas de llamar la atención. Por otra parte —dice Paco—, yo no soy diseñador. No he pretendido presentar una colección de moda».

Ha querido presentar a los estilistas, a los confeccionadores, un material revolucionario para la costura. Una técnica y también unas ideas. Son los diseñadores los que tienen que tomar lo que haya de bueno, que rectificar los errores, que ir más lejos. El se limita a crear, con todas sus fuerzas, en la importancia de los plásticos en la costura. Pero no en el que juega a las imitaciones, sino en el que se presenta como lo que es y que, por otra parte, corresponde a una necesidad. La mujer pide ingenio, color, baratura. Un material nuevo se presta a todas las experiencias y, en cuanto al color, Rabanne utiliza ocho explosivos, más el negro, el blanco, el plata, el oro y el nácar. Respecto a la baratura, el material, vendido a doscientas pesetas el metro, vale lo que la mano que le trabaja. Rabanne desmitifica las joyas, consideradas como inversión; cree en la joya de una noche, de un vestido, de una chaladura. A cincuenta pesetas pieza todo está permitido.

No es el único que piensa de este modo. Su piso-taller, de paredes blancas, moqueta marrón y sillones negros, situado en la quinta planta, sin ascensor, de un edificio leproso, se ha convertido, desde hace algún tiempo, en una especie de vestíbulo de estación. Periodistas, cineastas, fotógrafos, compradores, comisionistas extranjeros, modistas, desfilan, registran, preguntan. Gloria Emerson, del «New York Times», y Eugenia Sheppard, del «Herald Tribune», se lo disputan. El «Harper's Bazaar» le consagra la portada de este mes: un vestido de Christiane Bailly y pendientes de Paco Rabanne. Se trata de un acontecimiento en el mundo de la costura. Es la primera vez que la célebre revista de modas americana dedica su portada al «prêt-à-porter» francés.



Le Corbusier decía que «los picaportes también son arquitectura». Rabanne, que inició estudios de arquitecto, piensa que «los accesorios también son alta costura» y viste a la mujer enteramente con plástico.

Hasta hace muy poco Francisco Rabaneda Cuervo era un artesano sin importancia. Su familia se instala en Francia cuando él tenía tres años. Pasa su infancia en provincias y a los dieciocho años se traslada a París. Se interesa por la arquitectura y se matricula en Bellas Artes. Las maquetas le atraen inmediatamente. «En el fondo soy un obrero manual», dice. Se gana la vida haciendo fotografías y dibujos y trabajando como «negro» para una agencia. Al cabo de diez años se da por vencido. «En Francia le consideran a uno un joven arquitecto hasta los sesenta años. Hasta entonces hay que conformarse con dibujar letras para los jefes». «Además, como decía Le Corbusier, los picaportes también son arquitectura».

De un picaporte a un botón no hay más que un paso. Sobre todo cuando se tiene una madre que fue «primera» en 1925 en casa de Balenciaga, Rabanne se pone a dibujar botones y va a llamar a la puerta de Balenciaga, de Givenchy, de Nina Ricci, de Maggy Rouff. Le piden más. Luego joyas, cotas de malla. Le dan vestidos para que los borde de pedrerías. Es un trabajo monstruoso: vestidos pesados como corazas, caros como coches deportivos. «Todo eso para vestir a vejstorios».

Hace cuatro años conoce a tres mujeres: Emmanuelle Khanh, Michèle Rosier, Christiane Bailly. Sin esperar el veredicto de los grandes modistas, estas tres mujeres diseñan, para la mujer de la calle, modelos originales que serán fabricados en serie. Revolucionan la confección. Piden a Paco Rabanne accesorios que «vayan» con su estilo, y él les propone el plástico.

Ignorado cuando trabaja para la alta costura, su revelación llega con la confección. Los grandes almacenes de Nueva York —Macy's, Lordand, Taylor, Sachs— le compran modelos. La tercera parte de su producción es exportada.

En Francia empiezan a interesarse por él. La primavera pasada los grandes almacenes le pidieron 26.000 pares de pendientes. Como realizarlos en su taller resultaba inconcebible y requería cuatro años de trabajo, llegó a un acuerdo con una fábrica e hizo lo mismo respecto a los bolsos, los cinturones, las gafas de sol. Paco Rabanne operó así su segunda conversión. Después de haber pasado de la alta costura a la confección abandonó la artesanía por la industria. La costura, en Francia, sigue el mismo camino.

MARIELLA RIGHINI

(Fotos: Gunnar Larsen, Copyright Eurofoto)